

## **Cuestión de género: maltrato y ficción**

**PORCEL García, M<sup>a</sup> Isabel**

**Universidad de Sevilla**

En cierto modo, la explosión de violencia hogareña o terrorismo doméstico, como se le denomina recientemente, no es nueva. Así lo confirman estudios especializados recientes de carácter sociológico, político, estadístico y jurídico como el publicado por la profesora y criminóloga M<sup>a</sup> del Castillo Falcón Caro, *El Maltrato habitual a las mujeres, por citar alguno*.<sup>1</sup> Se produce en diferentes niveles sociales y culturales, tanto en países del Tercer Mundo, Oriente y Occidente. Sus manifestaciones y síntomas son a veces múltiples y mutantes. El maltrato, en ocasiones, se disfraza y se oculta bajo comportamientos aparentemente considerados normales en los esquemas de relaciones de parejas y como en cualquier trastorno, a veces es incluso la propia víctima quien no quiere admitir ante sí misma, y aún menos ante los demás, que es objeto de abuso. Por ello resulta tan difícil detectar la incidencia real de los casos, cuya mayoría ni siquiera se denuncian. No sólo hay que cambiar la mentalidad del agresor, también hay que concienciar a la víctima, que quizás sin saberlo también ha contribuido a seguir la pauta de un baile macabro. De lo que se trata, en consecuencia, es de conocer las pautas de conductas agresivas para romper ese esquema destructivo de cierto tipo de relaciones.

Es sabido que cada vez más la psiquiatría opta por considerar como una de las causas y orígenes de conductas violentas y agresivas en el ser humano, el factor genético. Igual que heredamos el color del pelo o de los ojos, el carácter también pasa de una generación a otra. Determinadas conductas parecen derivarse de ciertas mutaciones genéticas: “En los ochenta, los genetistas descubrieron que ciertos trastornos de la lectura estaban asociados a genes en el cromosoma 15, y que la esquizofrenia tenía un aliado en el cromosoma 5; la psicosis, en el cromosoma 11; y la maniaco depresión en los cromosomas 11 y X. A principios de los noventa, Kenneth Blum, de la Universidad de Texas, y Ernest P. Noble, de la Universidad de California en los Ángeles, anunciaron el descubrimiento de una conexión genética entre el alcoholismo y el gen mutante para el receptor de la dopamina 2 (DRD2). Más tarde se

---

<sup>1</sup> *ABC*, 25 Noviembre 2001, pág. 59.

ha visto que éste también se asocia con el autismo, el síndrome de Tourett, la adicción y la hiperactividad infantil.”<sup>2</sup>

Pero también la herencia cultural y ambiental que recibimos, quizás en cierto modo tenga algo que ver con dichas manifestaciones agresivas, independientemente del sexo y edad de las víctimas y sus verdugos. El caso es que la gran incógnita acerca del comportamiento humano se basa en la imposibilidad de determinar en qué medida influyen el peso genético y ambiental como factores determinantes de ciertas conductas agresivas<sup>3</sup> Parece ser que depende de cada persona el que un factor u otro rija, determine e influya en su conducta. Y es pues a partir de esta incógnita científica de la que partimos para plantearnos en qué medida podemos dar una respuesta tajante y segura sobre los orígenes de la violencia. Por ello nos acercamos a la Literatura, al Arte, en definitiva, con el fin de rastrear ejemplos de conductas humanas que han sido descritas por sus autores o autoras, aceptando lo que a nuestro modo de ver es esencial a la naturaleza humana: su carácter contradictorio, voluble, imprevisible que le convierte a la vez en único frente al comportamiento animal.

Nos centraremos en las mujeres como paradigma, puesto que, según los medios éste es sin lugar a dudas el grupo más afectado por el maltrato. Y esto es un hecho, por muchas argumentaciones en contra que puedan darse. El reverso tendría que ver quizás con el mito de las mujeres del mal: la caja de Pandora, el Ángel Azul, la mujer como Ángel o Demonio y diabólica seductora, la Musa Calypso que perturba la tranquilidad del hombre, el Mito de la Mantis Religiosa devoradora de hombres y las *femmes fatales*. Imágenes y mitos negativos de la mujer como fuente del mal creados y recreados en la Biblia o la literatura universal desde la Edad Media hasta nuestros días, aguas turbias donde se le ha invitado a contemplarse en un espejo empañado por la propia imaginación. El espejo de la ficción ha devuelto a la mujer una imagen confusa, que en ocasiones, quizás también ella misma ha contribuido a desarrollar. Mitos que sin duda, en ambos casos, pudieran tener algo que ver con ciertos orígenes de las manifestaciones violentas de los seres humanos. También la argumentación podría darse en sentido contrario: los mitos se desarrollan, se crean y se divulgan a la colectividad a partir de los hechos y comportamientos detectados por el ser humano al observar la realidad. También en el Arte se elaboran los mitos bajo distintas formas y tendencias. Y por otra parte, nos encontramos igualmente con el registro de los restos del naufragio, en los

---

<sup>2</sup> *Muy Interesante*, nº 205, Junio 1998, pág. 36.

<sup>3</sup> BENÍTEZ, Javier (1997): *Por qué nos parecemos a nuestros padres*. Madrid.

medios de comunicación de las más vulgares pasiones humanas: el amor, el desamor, los celos, la venganza, el odio. Lo lamentable es que aquí no se trata de ninguna abstracción o ficción, sino de mujeres concretas, y no personajes, que tras un penoso calvario murieron víctimas del maltrato.

Como en todo, la sociedad y nosotros-as mismas intentamos buscar razones para unos hechos que nos conmueven y nos producen dolor. Tenemos que racionalizarlo todo. Se intenta hacerlo buscando argumentaciones de todo tipo. También hay que encontrar culpables y fuentes: la infancia, la marginación, los padres, los estereotipos, las mismas convenciones artísticas. Vamos a intentar por nuestra parte, señalar posibles causas que pudieran originar, quizás indirectamente, este tipo de actos englobados en la violencia. Tendríamos también que remitirnos a un concepto ancestral arquetípico y común a cualquier cultura: el de maldad frente a bondad, de género neutro.

En primer lugar somos conscientes del hecho de que dichas pasiones son objeto de estudio por parte de psiquiatras, sociólogos, psicólogos, intelectuales, religiosos y se utilizan en ocasiones como arma de determinados grupos políticos declarándose defensores de causas de igualdad. Sin embargo las pasiones humanas desmedidas existen y existirán siempre. No por ello las justificamos ni aprobamos. Lo único que cambia es el modo y la forma en la que se manifiestan y se ocultan. Y lo más importante es que también la percepción y valoración que de dichos comportamientos se tiene, varía según la época. Por ejemplo, en la Inglaterra isabelina, la venganza se consideraba un derecho legítimo a esgrimir, cuanto más si se trataba de la venganza por parte del hijo de la muerte del padre, por mencionar un caso. De ahí que, por ejemplo, Shakespeare, escribiera Hamlet, atendiendo a los gustos y preferencias de su tiempo. De igual modo, el duelo era un recurso obligado del hombre para defender el propio honor o el de una mujer, no hace más de un siglo, y la literatura también nos ofrece buen ejemplo de ello, en una obra como Los Duelistas de Joseph Conrad, por citar alguna o La Regenta de Clarín. Recordemos también el código de honor en la literatura del Rey Arturo y la incidencia del adulterio como fuente de desequilibrio político en aquel legendario reino. Acontecimientos parecidos que actualmente la prensa sigue registrando y que, de un modo u otro, aún desestabilizan a un país. Igualmente ciertas conductas negativas hacia la mujer descritas en textos literario o tratados medievalistas misóginos tienen su traducción en la realidad actual. Se trata de encontrar nuevas y posibles fuentes de conocimiento para la construcción de una nueva identidad femenina

y señalar posibles orígenes que contribuyeron a una identidad falsa y distorsionada de su imagen.

Tratamos de señalar la posible interdependencia de las manifestaciones violentas en la realidad con la ficción o viceversa, y de cómo éstas cambian de forma según la época, así como la valoración y juicio que sobre éstas se tiene. No obstante, parece que en cuanto al contenido se refiere, (la violencia), éste no ha cambiado del todo, puesto que parece ser que lo que ocurría en el siglo XVI o en la Edad Media, aún pervive en la sociedad presente, quizás bajo formas aparentemente diferentes que nos hacen creer lo mucho que hemos evolucionado.

El maltrato no es sinónimo de “culturas” o sociedades antiguas, extinguidas, o tercermundistas. De hecho, la tecnología, con la complicidad de la sociedad y la industrialización capitalista que invita al consumismo de culto, también se une al desarrollo del maltrato como juego: por ejemplo, salones recreativos ofrecen a los chicos la oportunidad de reproducir en el programa del ordenador la cara de su chica o amigo, para que la destroce a puñetazos. El mercado de video-juegos y CD ROOMs fomenta con la aprobación e indiferencia de gobiernos la difusión de juegos que invitan y hacen apología de la violencia y que están al alcance de niños-as y adolescentes. De hecho ya se han constatado casos de asesinatos y crímenes perpetrados por jóvenes influenciados por un comportamiento mimético y de identificación con los roles violentos de los juegos. En conclusión, y lejos de parecer escéptica o moralizante en la elaboración de medidas eficaces contra la violencia, parece que ciertas conductas son intrínsecas y consustanciales, al menos en algunos casos, a la propia condición humana y depende, como en todo, de la propia libertad del individuo y de la influencia del entorno real y ficticio, hacer uso de los dones y puntos oscuros de cada uno, ya sea en beneficio, daño propio o ajeno. Pero como no es nuestra intención adentrarnos en el resbaladizo terreno moral del Bien y el Mal, consideraremos también aquella arma de autodefensa que el ser humano tiene para legitimar y excusar sus acciones más perversas, otorgándoles, unas veces, la excusa cultural, social, política, económica y congénita con el fin de justificar y amparar lo que bajo ningún precepto ni dogma puede admitirse ni consentirse, sea cual fuere la condición o género de las víctimas. Hay que dejar de ser cómplices de la injusticia, pero hemos de admitir también que la naturaleza humana es por esencia tremendamente contradictoria y la conducta humana, esencialmente proteica. Se impregna de unos rasgos y otros de la diversidad genérica en

combinaciones infinitas, lo que produce cierto desconcierto e impotencia en todos-as nosotras-as.

Quizás el concepto de género está en crisis precisamente cuando más se habla y se utiliza este término en *symposiums* o en crítica literaria en los llamados estudios de género. Parece detectarse un fenómeno nuevo que pudiera caer en el peligro de una moda pasajera: parece que existiera una especie de “pugna” de géneros a varios niveles. Por ejemplo, resulta curioso que se estén celebrando igualmente durante estos días unas jornadas sobre “La Construcción cultural de las masculinidades” en la Universidad Pablo de Olavide. De ahí las ironías y contradicciones que surgen, en ocasiones, en los propios estudios de género al delimitar y definir. Y con respecto al maltrato éste se aborda en ocasiones con cierta hipocresía, como si fuera un mal ajeno. Ésta sea quizás la premisa clave a partir de la que hay que trabajar: el conflicto entre la relación hombre-mujer, surge de las mismas contradicciones de sus planteamientos actuales. La mujer contemporánea por un lado, quiere ser libre y realizarse como profesional fuera del hogar, pero al mismo tiempo, sigue buscando seguridad y protección en el hombre como consecuencia de un peso cultural y convenciones que arrastra lo acepte o no. Por su parte los hombres en el seno de las familias quieren una mujer trabajadora que reúna las cualidades heredadas de la mujer-ángel protectora del hogar de acuerdo a los estereotipos del siglo XIX, además de los requisitos culturales y económicos que la sociedad capitalista y occidental presente exige de las mujeres y al revés. Ambos géneros buscan el uno en el otro los estereotipos míticos del pasado que entran en conflicto con los valores presentes de la economía occidental que se centra primordialmente en la adquisición de lo material y el establecimiento de un status en una determinada esfera social, olvidándonos de las necesidades personales y afectivas que surgen como consecuencia de las interacciones privadas y emotivas entre individuos, y que fueron probablemente las que unieron a estas personas en el inicio de sus relaciones. Parece que lo público solapa lo privado. Como consecuencia de este conflicto, una vez más los más desprotegidos, los hijos sufren también las consecuencias del esquema social y económico hoy dominante en el mundo occidental. Ya que en países tercermundistas, recordemos la mujer trabaja, como lo hacían la mayoría de generaciones previas en algunos países europeos, no para realizarse, sino para subsistir y en condiciones infra-humanas. O bien se prohíbe a la mujer trabajar o tener acceso a la educación como medida de control y dominación en culturas musulmanas radicales. Lo que no significa que en Occidente muchas mujeres no

trabajen también para subsistir. De hecho las mujeres profesionales no dudan en muchos casos pagar lo menos posible a otra mujer, no profesional, para cuidar a sus hijos pequeños, con tal de mantener su puesto de trabajo con prestigio social: la igualdad entre mujeres tampoco existe hoy como no existía en el pasado porque la sociedad no ofrece una respuesta real a las necesidades de las familias, salvo quizás en los países nórdicos europeos.

La única y verdadera identidad de la mujer no es distinta a la que pueda buscar el hombre. Ambos géneros parecen actualmente haberse segregado más que nunca, quizás porque las distinciones y desigualdades no son de género sino económicas. La marginalidad de la mujer no es de género: es económica, social y política. Las mujeres de las cortes medievales que tenían acceso a la cultura por su status social y económico no eran marginadas ni por los hombres ni por las propias mujeres de su clase, por citar un ejemplo, como tampoco lo eran figuras como Madame de Staël regentes de los llamados salones donde se reunían las clases sociales altas e intelectuales del París del siglo XVIII, por citar sólo algunos ejemplos. La llamada discriminación de género y sus derivados tienen un origen económico que a su vez tiene su traducción en la propia creación artística. Si hoy existe, por ejemplo un *boom* editorial de escritoras femeninas como también lo experimentó el siglo XIX, es porque se quiere vender un estereotipo de mujer intelectual en igualdad de condiciones. Es cierto que se ha progresado aparentemente en este sentido. Pero aún quedan muchas mujeres pobres y analfabetas de a pie que nunca tendrán o tuvieron la posibilidad de competir a su vez no sólo con los hombres, sino con otras mujeres. Porque cuando hablamos de lo femenino, parece que sólo lo hacemos desde ciertas esferas culturales o políticas. No todas las mujeres, ni todos los hombres, tienen la posibilidad de escribir o alzar su voz, porque ni siquiera recibieron la formación necesaria para ello. Por tanto nuestros discursos sobre género serán siempre incompletos si nos olvidamos de otras mujeres: y principalmente de los hombres, a quienes las mujeres no han de ver como su enemigo, recordando las palabras de la autora Doris Lessing en su discurso al recibir el Premio Príncipe de Asturias: son demasiados.

En el discurso de género también hay que incluir las infinitas posibilidades de combinaciones genéricas que a su vez tiene el tan llevado término. Tantas combinaciones como el masculino y tantas a su vez como las interrelaciones entre ambos. El concepto de género no define ni abarca la dimensión plural de la identidad humana. De ahí los conflictos presentes que aún se arrastran en la sociedad y que están

acabando con el esquema tradicional de familia, por lo que surgen distintas combinaciones familiares que no son más que la traducción social de un síntoma de la crisis de género. Dentro del esquema de relaciones se da un círculo vicioso infinito que lleva a la desintegración familiar, independientemente del sexo y combinaciones posibles que hoy se dan, porque no se han revisado premisas económicas que diluyan la desigualdad. Paul Preston trataba este problema en su artículo *Padres Trabajadores*, *ABC*, 30 de Noviembre 1997, pág. 1: “Sin una revisión completa de la política de empleo, el desarrollo de actitudes coherentes con respecto a la maternidad, y una intervención masiva por parte del Estado en el campo de cuidados infantiles, no es probable que el siglo XXI sea testigo de cambios importantes.” En realidad los Estados durante tiempo se han ahorrado una política de inversión en gastos sociales a costa de la mujer: en cuidados infantiles ( no olvidemos que la mujer es capaz de alimentar de su cuerpo a sus hijos-as), en cuidados de ancianos (¿cuántas mujeres no han cuidado y cuidan de sus propios padres en el hogar sin recibir ningún tipo de ayuda social). Hoy en día algunos gobiernos dicen ofrecer una política de igualdad invitando a mujeres y hombres a desarrollar tareas familiares y domésticas que ahorrarán presupuestos de orden social y que debieran ser de sus competencias, puesto que con la misma financiación se cubrirá el puesto vacante, independientemente de su sexo. Y en cualquier caso esta supuesta política de igualdad sólo sería aplicable al funcionariado en el tema de petición de bajas para cuidados de hijos menores, por lo que no todos los sectores sociales y familiares podrían beneficiarse.

Creemos que la violencia o el maltrato a mujeres y niños también se deriva, entre muchas razones, de esta obsesión por mantener un nivel económico y status social que en ocasiones trastorna el esquema de relaciones sociales y familiares. Pero quizás la mujer tenga que volver a considerar sus auténticas necesidades y replantearse aquellos valores en los que ella realmente quiere crecer junto a sus hijos o pareja o en soledad. A nuestro modo de ver la posición de la mujer en el mundo no ha cambiado tanto como se nos quiere hacer creer. La mujer sigue actuando y desarrollando no tanto sus propias necesidades y gustos, sino que sigue ajustándose al esquema patriarcal solucionando necesidades sociales y económicas sin remuneración o ayuda social alguna. La mujer sigue siendo un instrumento más al servicio de dichas necesidades tanto en el hogar como en la sociedad que parece ha de repoblar el país, incluso con su supuesta independencia económica a través de su incorporación al mundo laboral y la vida pública. Durante tiempo las mujeres intelectuales se han dejado guiar más por una

u otra tendencia filosófica ideológica impuesta por un feminismo occidental aburguesado que realmente sólo estaba al alcance de una élite intelectual pero que no aportaba soluciones a la mujer analfabeta, rural y de a pie en la construcción de su identidad, identidad entendida como libertad: una libertad que sólo puede provenir de la igualdad económica y social. Las mujeres no representan un colectivo más unido o solidario entre ellas mismas por el hecho de ser mujer, como tampoco lo hace el hombre por ser hombre, con lo que se cuestiona la validez de dichas limitaciones de grupos o géneros. El maltrato es universal y no genérico y como tal ha de ser afrontado. Para conseguir su libertad la mujer ha de conocerse a si misma en primer lugar: qué lugar ocupa realmente en el mundo y cuales son sus objetivos como individuo. Estas ideas fueron premisas fundamentales de una obra emblemática y no menos vigente hoy en día: *Le Deuxième Sexe* de Simone de Beauvoir, que analiza en su planteamiento la reivindicación de la identidad como requisito para la consecución de la libertad individual.<sup>4</sup>

En consecuencia, entendemos que las razones del maltrato no se derivan sólo de una categorización de género mal entendida. Fundamentalmente tienen su origen en lo económico y de ahí las razones se bifurcan en la cultura, en el arte: en la división de un mundo en el que las riquezas están mal distribuidas, en las que los fuertes viven a costa de los débiles sin distinción de sexos. La desigualdad económica y social en la que aún viven los seres humanos es una de las fuentes de todos los conflictos, incluso la mal llamada violencia de género.

La mujer a lo largo de la Historia ha vivido y vive más en función de las necesidades de la imagen y papel que de ella se espera. Por ejemplo, se oye hablar con crudeza y sarcasmo a ciertas mujeres de otras mujeres que no responden a un cierto estereotipo actual y moderno. De lo que se trata es de reconciliar aquellas limitaciones o categorías que se contradicen para restablecer la armonía sin limitación de sexos, sin que nadie tenga que someterse a nadie. Las mujeres, quizás imitando otros colectivos antes marginales, por *mimesis* se agrupan. Pero las respuestas no son de segregación sino de abertura y fusión a cualquier género y clase.

No es que no existan soluciones para desarraigar la violencia llamada de género, a nuestro modo de ver, hacia un determinado grupo, pero también el peso de la herencia cultural y congénita sobre el ser humano es considerable y siempre habrá brotes aislados

---

<sup>4</sup> *El País*, domingo 24 Enero 1999.



de esas pasiones extremas, que por desgracia, pueden incluso acabar con la vida de alguien. Esa violencia sexista entre géneros viene además avalada por su presencia en la literatura universal, escrita y oral, en la pintura, el cine, la copla, pero en ella la mujer se presenta como víctima de un tratamiento injusto que pudiera tener su origen en la propia desigualdad y diferencias económicas que rigen, entre otras, las pautas de relaciones individuales. ¿Acaso no eran las míticas heroínas femeninas Desdemona en Othello, Ofelia en Hamlet, Madame Bovary, Anna Karenina, Catherine Earnshaw en Wuthering Heights, la protagonista femenina de la novela de Anne Brontë, La Inquilina de Wildfell Hall, o la adúltera Hester en The Scarlet Letter, por citar algunas, personajes literarios femeninos objeto del maltrato por hombres, porque el matrimonio sin amor ofrecía una solución y alternativa a sus propias carencias económicas y sociales? Recurso de ficción que supone una convención aceptada y que tiene en muchos casos su referente en la propia realidad descrita. Ninguna de estas mujeres en dichas obras tenía una independencia económica o social propia, y sus conflictos personales pudieran ser fruto de esa imposición del matrimonio como transacción económica que diera solución a su situación de inferioridad. En algunos casos la dependencia económica o social con el hombre las privaba incluso de nombre propio, según la convención, como en el caso de Anna Karenina o Madame Bovary. Cada una a su manera son caracterizadas como mujeres víctimas de un tipo de maltrato que según los casos difieren unos de otros, pero dichas obras plantean, sean sus autores hombres o mujeres, el trasfondo económico y la convención social e incluso cultural como orígenes de tales conductas descritas en el esquema de relaciones personales. Ni que decir tiene de las innumerables bofetadas a mujeres en el cine como parte de la convención estética, aunque es cierto que también existen a la inversa en la convención de la mujer como respondona y fierecilla domada que se enfrenta al hombre y que no tiene otro objetivo que el de ridiculizar a un hombre aparentemente dominado por la mujer. Encontramos ejemplos de maltrato a mujeres en el cine como parte de una convención admitida que aprueba la dualidad o unión de los contrarios como esquema en la descripción de las relaciones. Por ejemplo, en Gone with the Wind admitimos la convención del cortejo, los buenos modales de los caballeros sureños y damas complacientes con la mezcla de la rebeldía y fuerza de una Escarlata O'Hara que abofeteada más tarde por su galán rodará embarazada escaleras abajo. ¿Es Scarlet O'Hara una mujer maltratada porque Rex le da un tortazo limpio? Se dice que el maltrato ha de ser continuado para que se defina como tal. Resulta difícil aseverar los límites y convenciones artísticas que pudieran tener algún día su mimesis o traducción

en la realidad ¿ Pero no se estaba comportando Scarlet con todo el coraje de un ejército de hombres? ¿Qué sino mezclar categorizaciones de género la convierten en un personaje multireferencial, polisémico y universal? ¿Y Gilda, quién maltrata a quién? Resulta curioso que en estas obras de ficción el modelo femenino se vea impregnado y contagiado de rasgos tradicionalmente asociados a lo masculino: interpretamos que el atractivo de estos personajes surge en su mezclanza de rasgos que nunca son en blanco y negro. Quizás en la vida real parte de los conflictos se resolverían con propuestas de contaminación de géneros en el que las fronteras se diluyeran en matices y combinaciones múltiples.

Interpretamos que el conflicto de género surge, entre muchas razones, cuando la mujer intenta apropiarse de valores tradicionalmente asociados a lo masculino o hacer uso de ellos, como muestran estas obras de ficción. El conflicto de géneros surge cuando, como un rival más, la mujer se hace con el poder económico que conlleva también el poder cultural. Cuando ésta se masculiniza en ciertos aspectos, cuando se impregna de algunos de sus rasgos surge el conflicto. Sin embargo lo que el hombre interpreta como un ataque lo entendemos como una necesidad por parte de aquella de necesidad de reconciliación y contaminación de las categorías de género. Por ejemplo, parece que si la mujer lucha con el coraje de un hombre, se viste como él, gana dinero, tiene múltiples amantes o maridos, usurpara algunos de los roles atribuidos al hombre. Algunas mujeres autoras como Virginia Woolf por ejemplo en Orlando trataban el tema de la ambigüedad genérica y sus roles. Mencionemos personajes históricos como Juana de Arco, la reina de Suecia, o la propia Juana la Loca, cuyas delimitaciones y categorizaciones de género resultaban sin duda ambiguas. Son ejemplos de mujeres que hicieron suya la fuerza y el coraje, valores atribuidos al hombre, para luchar por sus ideales, sin desprenderse o renunciar por ello a valores asociados a lo femenino.

Pasiones desmedidas representadas en la ficción con las que muchas mujeres y hombres de diferentes estratos sociales culturales, sin embargo, a pesar de toda la repulsa que nos produce este tipo de actos se han identificado en algún momento: el poder de los mitos iguala a sociedades primitivas así como civilizadas. De nuevo la realidad influenciada por la ficción y viceversa.

A nuestro modo de ver, el maltrato, además de constituir un fenómeno social y económico antiguo y no un fenómeno reciente como los medios lo presentan hoy, es una herencia que, contradictoriamente tiene su origen en lo cultural y económico que, quizás inconscientemente, se arraiga desde tiempos remotos en los individuos, también

como un mito más heredado por la colectividad inconscientemente. Todos y todas hemos bebido de estas fuentes del arte alguna vez, incluso también aquéllos y aquéllas que no tuvieron la oportunidad de devorar a los clásicos. Sobre la influencia de la ficción como configuración de la realidad, en términos generales, opinaba también en este sentido el escritor Julián Marías:

La influencia de la literatura es tal en lo que llamamos realidad que no es necesario haber leído muchos libros para que la literatura te influya. Los comportamientos amorosos de un analfabeto funcional proceden de la literatura y él no lo sabe. La acumulación de libros produce la realidad. Si al mundo contemporáneo le arrancáramos las obras de Shakespeare y Cervantes, ese mundo sería otro.<sup>5</sup>

Por lo tanto, la violencia, el desamor herido, el desgarró y la muerte forman parte de esa transmisión oral y literaria, lo cual por supuesto no justifica los hechos concretos en la realidad. No se trata de simplificar y culpar a lo imaginario o al Arte de una realidad indeseable. Pero pudiera ser que también la literatura, o las palabras tengan efectivamente algo que ver con el orden de la realidad y sus manifestaciones. Muchos autores son conscientes del peso que la literatura tiene sobre la realidad. Por ejemplo, sin ir más lejos, en *El Quijote*, *Madame Bovary*, *El Amor en los Tiempos del Cólera* o *Ulises*, sus protagonistas actúan condicionados, entre una de las razones, por la influencia que los mitos y la literatura (las palabras o lo imaginario) tienen sobre ellos. Leen libros que les influyen en sus conductas y pensamiento. De modo que en este sentido dichos autores son realistas al sensibilizarse sobre un fenómeno que suele darse con cierta frecuencia: de cómo los libros, hayan o no sido leídos, pudieran configurar ciertas manifestaciones en la realidad. Y una de esas manifestaciones de categorizaciones de género, entre otras, es el maltrato a mujeres. ¿Qué, sino el poder de las palabras de desprecio de Hamlet a Ofelia en la escena del convento en *Hamlet* la arroja al abismo de la locura y la desesperación?: “Get thee to a nunnery. Why wouldst be a breeder of sinners”<sup>6</sup>(*Hamlet*, III, i, ll. 134-48) (Enciértrate en un convento. Por qué habrías de engendrar pecadores) ¿O en el caso de *Othello*, el desprecio verbalizado de *Othello* hacia *Desdemona* es el arma de poder contra la mujer. A ella le asusta más la fuerza de la violencia verbal de las palabras de *Othello* que con su dominio del lenguaje subyuga y atemoriza a su esposa : “Upon my knees, what does your speech import?/ I

---

<sup>5</sup> *El País*, viernes 25 de septiembre de 1998, pág. 16.

<sup>6</sup> Todas las citas corresponden de *Hamlet* corresponden a William Shakespeare. Trad. M. A. Conejero. *Hamlet*. Madrid, Cátedra, 1988.

understand a fury in your words, but not the words.” dice Desdémona (Othello , IV. ii, ll. 32-33)<sup>7</sup>. Desdémona no soporta el peso de la agresión de las palabras tales como “puta” que premonizan su destino mortal en manos de su esposo: “I can not say “whore”:/ it does abhor me now I speak the word.( Othello, IV,ii,ll. 163-4). Othello también la llama “impudent strumpet”(Othello, IV, ii, l. 158) o “whore” (Othello, IV, ii, l. 188), insultos que Emilia califica de “heavy terms upon her” (Othello, IV,ii,l. 118) al contarle a Iago.

Shakespeare con realismo muestra el poder de la palabra esgrimido como la más refinada de las agresiones que conduce al propio aislamiento y silencio de la mujer que entiende en ellas la premonición y el antecedente de un destino trágico. Las palabras de agresión de Othello a Desdemona son una de las causas de la tragedia, no los hechos o los celos sobre una posible infidelidad conyugal que pudieron producirse o no. Othello habrá de traducir el lenguaje en hechos pegando y matando a Desdemona. De hecho son frecuentes los ejemplos de obras en las que un exceso de capacidad verbal y lingüística en la mujer se ve como una inconveniencia o se ridiculiza al hombre que es dominado por su mujer debido a su dominio de la verborrea o el lenguaje, como es el caso de “The Merchant’s Tale” o en “The Miller’s Tale” en *The Canterbury Tales* de Chaucer o la convención de la shrew en obras dramáticas del teatro medieval como *Noah’s Flood* o en *The Taming of the Shrew* de Shakespeare. La convención masculina requiere el silencio en la mujer como ideal: recuérdese *Epicene or The Silent Woman* de Ben Johnson. En numerosas obras literarias se presenta al hombre -seductor y capaz de subyugar y dominar a la mujer en el amor, a través de su dominio de las palabras como *Cyrano de Bergerac*, por citar sólo un ejemplo. Es también a través de la palabra que el hombre la mata.

Ese analfabeto “funcional” (como lo denomina Mariás) o bien su opuesto (el hombre, supuestamente ilustrado y culto poseedor de las palabras) traduce a su propio código y registro aquellas palabras registradas en las obras de la literatura universal, trasladándolas inconscientemente a su propia realidad. Pudiera ser entonces que encontráramos una de las múltiples fuentes y orígenes de dichas conductas en los propios textos literarios., que recogen el sentir y convenciones de una determinada época. La palabra es poder: por eso Shakespeare hace de Lady Macbeth el prototipo más “masculinizado” y poderoso de sus mujeres a quién otorga el poder del lenguaje, el

---

<sup>7</sup> Todas las citas de *Othello* corresponden a William Shakespeare. *Othello*. London, Methuen, 1958.

poder de persuadir a través del verbo al hombre para que realice aquello que desea en su ambición social y política, renegando incluso de estereotipos asociados a la feminidad, como es la maternidad. Sin duda, se puede argumentar que también otras conductas afectivas, como el sentimiento amoroso y el desamor, se hallan inmersas también en la historia de la literatura y por tanto podemos deducir que cualquier comportamiento humano podría tener su equivalente en los textos literarios de cualquier período y viceversa, así como su traducción en la realidad. Lo que cambia es la manera, el tratamiento y el modo en el que forma y contenido se aúnan en literatura, según la época. Y lo mismo ocurre en la realidad. Pero lo que intentamos es destacar que sin saberlo, igual que muchos adolescentes, y no tan adolescentes, se han nutrido también, de alguna manera, inconscientemente de las palabras y actos de Romeo o Julieta para expresar un sentimiento, otros u otras han podido del mismo modo, verse devoradas por la vorágine de una cultura que sutilmente se ha colado en la mente de muchos-as, a través de la transmisión literaria oral y visual. Las palabras, las imágenes, la ficción ordena también en cierto modo la realidad para todos.

Se trata de una literatura escrita que hoy se ha quedado huérfana, con apenas lectores y lectoras reales. Pero perdura sin embargo, en la memoria inconsciente de la mayor parte de los espectadores y lectores una imagen y un contenido (la venganza por celos, el suicidio por amor), como ocurre por ejemplo con las adaptaciones fílmicas, que enfatizan más el poder de la imagen sobre la palabra. Esto puede producir una cierta influencia confusa en los espectadores porque la obra llega fragmentada a esos lectores de imágenes adornadas con palabras. Estas adaptaciones (aunque algunas de ellas incluyen parte de los diálogos de las obras originales, como es por ejemplo la iconoclasta adaptación fílmica de Romeo y Julieta) parecen haber sustituido la función de divulgación que en la Antigüedad tenía la tradición literaria oral, acercando a los jóvenes a unos textos que de otro modo les resultarían menos asequibles a través de una estética *Kitsch* contemporánea. La literatura y sus mitos penetran pues camuflados hoy en día en distintos medios (el cine, los video-clips, las imágenes en la Red, la ópera, la copla, etc.), y a partir de las palabras se originan mutaciones que van ramificándose, como una metástasis, en los más distintos estratos sociales y culturales, sin que a veces, hombre o mujer, sean conscientes de ello, a través de lo visual. Se trata pues del antiguo conflicto de la interrelación entre lo que consideramos realidad e irrealidad (ficción). Ante tal consideración resulta evidente, que no serán suficientes leyes y sentencias que

castiguen conductas negativas e injustas hacia mujeres, aunque éste es sin duda el primer paso urgente a seguir.

Consideramos que no sólo las leyes tienen que cambiar. Debemos reflexionar sobre los orígenes de tales conductas, con el fin de erradicarlas, porque el problema del maltrato a mujeres, como a niños-as, nos parece mucho más complejo, porque también va asociado a un cierto tipo de estética decadente que, por tener connotaciones artísticas se aprueba o se desarrolla. Recordemos por ejemplo, las fotografías a niñas de Lewis Carroll. El abuso o maltrato a niños-as y mujeres es producto, no sólo de culturas primitivas, analfabetas y tercermundistas, como siempre hipócritamente se suele mencionar (por ejemplo, la ablación del clítoris en las mujeres somalíes o la represión a la que las mujeres musulmanas son sometidas). Oriente y Occidente no están tan separadas, como se nos quiere hacer creer. El maltrato no es sólo consecuencia de la incultura, ignorancia o brutalidad del estereotipado “macho”. Paradójicamente el maltrato también es consecuencia de la cultura. Ésta es la falacia. En algunos casos puede que el maltrato tenga que ver con el nivel de alfabetización y valores de ciertos estratos más marginales. Pero el maltrato es a veces tremendamente sofisticado y no sólo se da en ambientes proletarios, pobres o marginales. Tiene también su vertiente, por llamarlo de alguna manera, capitalista culta y frívola, amparada por sus manifestaciones artísticas y en el mismo comportamiento de artistas que la practicaron hacia aquéllos-as que consideraron, en cierto modo, sus inferiores, porque en el fondo el maltrato no es más que el terrorífico mecanismo que usa cualquier ser humano en su afán de controlar, dominar y establecer una relación de poder con su semejante, sea cual sea su género o condición social. Cualquier biografía nos da cuenta de las vidas de Tolstoi con su esposa, Mahler y su compañera, Mary Shelley con Shelley, Modigliani con su esposa y un largo etcétera.<sup>8</sup>

Por otra parte, el maltrato físico y psicológico aparece también descrito en obras realistas o naturalistas como las de Émile Zola, que se basa en el componente genético y ambiental como determinante de ciertas conductas humanas para caracterizar a sus personajes. Pero también encontramos otras variantes del tema del maltrato psicológico e intelectual, en obras como *Who's Afraid of Virginia Woolf?* o películas como *El Portero de Noche* de Liliana Cavani donde el maltrato se vive como una condena a cadena perpetua de connotaciones amorosas. Existen muchos tipos de verdugos y

---

<sup>8</sup> MONTERO, Rosa (1995): *Historias de Mujeres*. Madrid, Alfaguara.

víctimas y el tema ha preocupado a muchos artistas, hombres y mujeres de todos los tiempos. El maltrato es pues, también un producto burgués de culto, interpretado como fuente de placer y gozo estético, que también Buñuel mostró en su película *El Discreto encanto de la Burguesía*. Mencionemos la obra del Marqués de Sade, por ejemplo *Les Crimes de l'Amour* donde se hace apología cultista del incesto. Por tanto esta manifestación de la conducta humana que creadores se encargaron de registrar pudiera también estar determinado por la división de la sociedad no tanto en géneros, sino en clases, tanto en Oriente como en Occidente. El maltrato a mujeres es una manifestación más de la injusta desigualdad cometida, no sólo contra las mujeres, sino contra toda la humanidad: la división de la sociedad en clases de individuos ya sean blancos, negros, ricos, pobres. Por un lado la sociedad ha luchado para erradicar la injusticia: la Declaración de los Derechos Humanos, la abolición de la esclavitud (aunque siguen existiendo consentidas formas de esclavitud explotadas por las grandes multinacionales occidentales capitalistas en países del Tercer Mundo, la lucha por el voto de las mujeres. Pero como contrapartida, resurge en Europa y en EE.UU., una nueva oleada de xenofobia, maltrato a mujeres, pornografía infantil en la Red. No se ha evolucionado tanto como creíamos.

Desde que en 1792, Mary Wollstonecraft publicara su *Vindicación de los Derechos de la Mujer*, la mujer no ha dejado de luchar por un lugar justo en la sociedad. Quizás muchas lo vienen haciendo desde siempre también en silencio: en soledad. El silencio de estas víctimas anónimas del que hoy muchos medios de comunicación se hacen eco ha estallado. Se han alzado voces temblorosas, pero valientes en *reality shows*, a falta de poemas, canciones y monólogos interiores que escribir, ya que no tenían acceso a la educación y la cultura. Desgraciadamente, a la expresión verbal del sufrimiento le siguió el castigo a alguna de estas mujeres. El grito físico de la mujer se sigue interpretando como una pataleta de niña, porque siempre se esperó de ella el silencio. Pero este silencio, a nuestro modo de ver, también se mal interpretó en literatura. Recordemos aquella sirena del cuento infantil de Andersen que entregó su voz para amar a un humano. ¿Y el silencio estremecedor de la protagonista femenina, Clara, en la novela de Isabel Allende, *La Casa de los Espíritus*, ante la agresión física y verbal del esposo? ¿No era aquél un signo de repulsa, denuncia y rebeldía interior más impactante que el propio grito? ¿Qué es sino, un grito el propio silencio del monólogo interior de Molly Bloom en *Ulises*? ¿Cómo responde Cordelia ante las acusaciones de su propio padre acerca de la sospechosa falta de sinceridad de los sentimientos de su hija en King

Lear. La mujer es percibida, entre otras perspectivas, por Shakespeare como un ser consciente y sensible acerca de las limitaciones que el lenguaje impone para comunicar y persuadir realmente el pensamiento y el sentimiento, por eso la hace callar. La sabiduría de la mujer en Shakespeare está en su interior, en su silencio que para nada es sumiso: “Love and be silent” (King Lear, I, i, l.57) dice Cordelia. La mujer, en este caso Cordelia representa un personaje íntegro y fuerte que contrasta con la debilidad de un padre que sucumbe a la adulación verbal y vacía de sus otras hijas. Cordelia es consciente de la inadecuación e incapacidad del lenguaje para comunicar: “no consigo elevar mi corazón hasta mis labios” (King Lear, I, i, ll. 85-86) o “segura estoy de que mi amor sobrepasa mi lengua” (King Lear, I, i, ll. 73-74)<sup>9</sup>.

Un silencio físico mal interpretado como signo de sumisión, obediencia y pauta a seguir. Ya aquel silencio era una reivindicación. Hoy en día aquel silencio se ha roto. Es casi un aullido animalesco y primitivo al que no podemos por más tiempo ignorar. Claro que también existen hombres maltratados, y niños y niñas e hijos e hijas, y mujeres a mujeres y hombres a hombres. De lo que se trata es de afrontar el problema del maltrato no bajo la división de los sexos o como un problema de género, sino como un mal más producto de la injusta división económica del mundo. La argumentación de la desigualdad o de la llamada violencia de género, sólo entendida como un conflicto entre hombres y mujeres es una equivocación en su mismo planteamiento inicial. Por ello se ha convertido en un arma de doble filo que sin querer se ha vuelto contra las propias mujeres, porque quizás se ha equivocado el discurso. La desigualdad es un problema universal sin distinción de razas o sexos. No Los hombres y mujeres no somos iguales. Al menos ésta no era la igualdad que se esperaba. Algo ha fallado en el discurso de géneros. Sin duda en inteligencia y capacidad, ambos han demostrado tener competencia sobrada. Pero hay variables, como en todo, que no se han respetado y eso ha creado una enorme confusión en los roles a desempeñar en la sociedad, por ejemplo en el seno de las familias. Hombres y mujeres, ante el nuevo milenio, se debaten en contradicciones, sin saber qué hacer con esa herencia cultural y literaria del pasado y lo que en el futuro se espera de ellos. Quizás haya que volver a considerar ciertos valores que también forman parte de la naturaleza humana: mirar dentro de nosotros-as mismos-as y encontrar nuestro lado más primitivo, inocente, en el buen sentido de la palabra.

---

<sup>9</sup> Todas las citas de *King Lear* corresponden a William Shakespeare. Trad. M.A. Conejero. *El rey Lear*. Madrid, Cátedra, 1988.



No se ofrecen soluciones, sino más bien se trata de reflexionar sobre un discurso de igualdad entre hombre y mujer, que por alguna razón, parece fallar. Aunque se castigue a los agresores, como ocurre con cualquier delito, si no se remedian las causas que originan este tipo de actos, no se conseguirá erradicar un mal antiguo y terrible: los mitos y estereotipos arraigados en la literatura y en la cultura. Refranes y proverbios tales como: “A woman, asse, and walnut tree, the more you beat, the better be.” (A la mujer, al asno y al nogal, cuanto más pegues, mejor será, 1639). Presentar a la mujer como una víctima por parte del hombre en campañas en contra de la violencia de géneros, en los medios, no hace más que reiniciar el círculo de la injusticia genérica, que esta vez se ceba con el hombre y fomentar sin quererlo el papel que hasta ahora se le ha hecho representar a ambos. Viendo estas imágenes supuestamente de denuncia los espectadores, entre ellos los niños-as pueden tener una visión distorsionada de los roles y reaccionar en contra o en defensa de una actitud con la que no se sienten para nada identificados por el hecho de ser de uno u otro género.

No parece por tanto que se haya evolucionado mucho en ciertos aspectos. Es cierto que las mujeres trabajan dentro y fuera del hogar, siguen pariendo (aunque cada vez menos en España que tiene el índice de natalidad más bajo de Europa porque no existen las medidas sociales e inversiones necesarias que permitan a la mujer compaginar familia y trabajo externo).

Las mujeres pueden separarse, denunciar y protestar. Se les permite, incluso una representación mínima en los ejercicios de poder. Pero tenemos la impresión que es una estrategia más para contentar la imagen pública de la igualdad. Las mujeres en el poder no son más sensibles a los auténticos problemas de las mujeres de a pie por ser mujer. Por tanto el discurso no ha de ser de género, sino de personas, de individuos, sensibles a otros individuos que han de ser considerados sus semejantes.

Hay que aceptar las diferencias que como individuos únicos tienen hombres y mujeres y respetarse como seres humanos. La mujer tiene que ser valiente y expresar claramente que no le basta con que el hombre cambie los pañales o le dé el biberón a su hijo o asista al parto para cubrir el expediente de la igualdad. Parece que es el hombre el que de nuevo se ha apoderado de los pocos privilegios que la mujer tenía con la excusa de la igualdad, dejándola de nuevo, contradictoriamente en una situación de inferioridad. Tiene el mundo que recordar algo tan elemental que ser padre no es lo mismo que ser madre, y a partir de ahí, respetando las diferencias que por naturaleza tenemos, aunarnos para recuperar la armonía, quizás asistir al nacimiento de lo que

Joyce designó con humor en *Ulises* como “the new womanly man” (U 15)<sup>10</sup> y que proponemos en combinación, pero a la inversa en una fusión de géneros que reinventara el lenguaje más allá de la concesión lingüística de las terminaciones os-as. Esta moderna concepción de una ficción que aboliera las categorizaciones de género y con ello la consecuente crítica que de ella se deriva, condicionaría y afectaría a su vez, quizás, también el orden y concepción de la realidad. Es algo tan viejo como aquello de la unión del yin y el yan. La mujer tiene que reinventar su identidad a través de la ficción, a través del lenguaje para que así la realidad también sea otra.

---

<sup>10</sup> JOYCE, James (1986): *Ulysses*. Harmondsworth, Penguin.